ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE

EL CRISTIANISMO.

INTRODUCCION.

I. MOTIVO DE LA OBRA.—II. FUNDAMENTOS DE CERTIDUMBRE MORAL.—III. OBJECIONES PRELIMINARES.—IV. PLAN DE LA OBRA.

I.

Al participarme la necesidad que sentís de abandonaros en brazos de la religion, y al pedirme que os la haga conocer, me habeis hecho esperimentar, mi querido amigo, dos sentimientos muy distintos. Mi alma se ha llenado de inefable dulzura al contemplar vuestro sincero retorno á la verdad religiosa, que es el bien soberano, y al entrever la futura y pacífica posesion que vais á tener de este bien. Mas si considero que desde este momento pesa en mí la responsabilidad de mostraros la luz y conduciros por sus gloriosos senderos, una penosa ansiedad se apodera de mí, y temo que mi insuficiencia debilite la importancia del objeio.

¿Sabré trasmitiros esta gran verdad en toda su magnificencia, en toda su fuerza, tal como es en sí, tal como yo mismo la veo? ¿Podré *demostrar* la religion cristiana, en la acepcion que se dá ordinariamente á esta palabra?. . . La buena fé y la prudencia me obligan á confesaros, que si por *demostrar* entendeis adquirir una *evidencia geométrica*, os digo ingénuamente que no puedo demostrarla (1). ¿Creeis que haya muchas verdades capaces de someterse á semejante prueba, y que las mismas verdades geométricas se sujetarian á ella, si se interesase el corazon en conformarse ó sustraerse á ellas? (2) Si alguno cree haber demostrado la verdad religiosa hasta tal punto, cualquiera que sea el resultado de sus esfuerzos, esté bien seguro que no es ella la demostrada. Os daré con frecuencia razones sobre esto, á medida que se me ofrezca ocasion de recordarlo. Entre tanto, bástame deciros que la verdad religiosa es una verdad *práctica;* que su objeto no es tan solo satisfacer el espíritu, sino sobre todo y antes que todo reformar el corazon, que no se rinde muy fácilmente; que aun en los mejor intencionados opone efugios y sofismas, á fin de retardar su derrota y colorear su resistencia; y que para semejante adversario los mas poderosos argumentos no tienen sino una cierta demostracion, dependiendo lo demás de la propia voluntad y de la de Dios. En una palabra: no es nuestra voluntad lo que se corrije, sino el ejercicio de nuestra voluntad, lo que no tendria lugar si pudiese adquirir la evidencia sin ningun esfuerzo de su parte. Por ahí se concibe que el que está acostumbrado á meditar en las verdades religiosas y á practicarlas, tiene en el fondo de su alma una multitud de elementos de conviccion que le son inseparables, y que no pueden trasmitirse de repente al que hace mucho tiempo no se ha ocupado de ellas, y que acaso no ha fijado nunca su atencion.

No podré, pues, comunicaros mas que una parte de esta verdad de que mi alma está llena; y sin embargo creo que para cualquiera talento de buena fé, que desea sinceramente ser ilustrado, cuanto yo diga será *decisivo* para obligarle á marchar por sí mismo en el descubrimiento de la verdad pura y entera. Insensiblemente se le irán disipando las tinieblas, y el acrecentamiento de la luz será resultado de la perseverancia de la voluntad en emplear todos los medios de ilustracion que son inherentes á la naturaleza del objeto: lecturas, reflecsiones, reforma moral, las mismas prácticas religiosas, si no se entibian, si se insiste en ellas, si la voluntad y la conducta siguen inmediatamente y sostienen paso á paso los progresos de la conviccion, las sombras acabarán por desvanecerse, la verdad saldrá radiante de entre las preocupaciones que la encubrian, el entendimiento será penetrado, inundado por ella, el alma se dolerá de haberla tan tarde conocido y amado, y le parecerá que empieza á vivir desde aquel dia.

---

(1) "*¡Una demostracion ecsacta!* esto es mucho pedir, Aristo. Os aseguro que no la he alcanzado nunca: al contrario; me "parece que tengo una *demostracion ecsacta* de la imposibilidad "de semejante demostracion. Sin embargo, procuraos persuadir, que no faltan pruebas ciertas y capaces de disipar vuestras dudas." (Mallebranche, 6.ª *Conversacion.*

(2) La verdad, cuya *ecsacta demostracion* dice Mallebranche que no puede encontrar, es la relativa á la ecsistencia de los cuerpos. Mas adelante añade: "Si los hombres tuviesen algun interés en que los lados de los triángulos semejantes no "fuesen proporcionales, y que la falsa geometría fuese tan cómoda para sus inclinaciones perversas como la falsa moral, podrian hacer paralogismos tan absurdos en geometría como en "materias de moral, porque sus errores les serian agradables, "y porque la verdad les estorbaria é incomodaria." (Mallebranche, *Indagacion de la verdad*, lib. 4.)

Debo decíroslo, amigo mio: me disgusta toda discusion ociosa y puramente especulativa acerca de religion, porque la miro como profanacion y peligrosa temeridad. Me he obligado hace tiempo á no abrir inútilmente lo que llamaré aquí el santuario de mis convicciones; y si me decido á contestaros, es por la seguridad que me dais de que al preguntarme no os ha movido sino un verdadero y franco deseo de ilustraros. No me leais, pues, con ese espíritu contencioso de un controversista, por cuyas manos no hacen mas que deslizarse los mejoros argumentos, porque los recibe, por decirlo así, de una manera oblicua: leedme empero con la ingenua confianza de un hombre que se creeria feliz si se le probase que se equivoca, y que quiere separarse de sí mismo para irse á colocar enfrente de la verdad. Si mis razones os parecen buenas y plausibles, recibidlas sin resistencia; no fatigueis vuestro talento buscando en ellas sutiles defectos, porque al fin los encontrariais en lo que no los tiene. Portaos con la religion como lo haceis con los negocios mas ordinarios de la vida, en los que con frecuencia os decidís sin tener pruebas de rigurosa certidumbre, dejando al tiempo y á la esperiencia el trabajo de convenceros enteramente. Creedme: mas adelante encontraréis mas certeza en la verdad religiosa, que en las demás; y cuando llegue á enseñorearse de vuestra alma, será ella el centro de todas vuestras convicciones.

Finalmente, elevaos á la altura de tan grande objeto, y dejaos absorber por el sentimiento de su importancia..... No se trata aquí de la lucha del espíritu acerca de un interés facticio, ni de una de esas vanas utopias que la imaginacion levanta y aterra impunemente en sus juegos: trátase de una deliberacion tardía y urjente, de la cual está como suspendido el interés mas capital de la vida humana, y el de todo ese porvenir indefinido, hácia el cual el hombre va precipitándose.....¡Qué interés tan poderoso, en efecto, para quien se detiene un instante en reflecsionar que su objeto es un bien que no depende de los hombres, de la fortuna, ni del tiempo; que podemos inmediatamente procurárnosle por un simple acto de nuestra voluntad; que subsiste y se hace sentir en nuestra alma cuando los otros bienes pasan y se nos escapan; que crece con nuestras pérdidas; que se fortifica cuando todo para nosotros se debilita; que sobrevive eternamente entre los despojos de la muerte; y que, dándonos un medio infalible para satisfacer esa justicia misteriosa y formidable, que todas las convicciones humanas colocan mas allá del sepulcro, nos permite, en medio de las vicisitudes de esta corta vida, el goce tranquilo de una confianza superior, que sabe siempre donde ha de descansar!

II.—Ensayémonos desde luego en la inquisicion de este gran bien, poniéndonos de acuerdo sobre algunos puntos esenciales, que serán como los instrumentos para la investigacion.

Como nuestras convicciones dependerán del contentamiento de nuestra razon, conviene saber, ante todo, hasta qué punto podrá ésta ser ecsijente. Es esto una balanza, cuyo mecanismo importa comprobar antes de servirnos de ella: los mismos intereses de la sana razon nos aconsejan esta desconfianza. Si en cualquiera materia se encuentra la razon dispuesta á reconocer su debilidad é impotencia, cuando se trata de religion dá motivo á preocupaciones, que ecsagerándole incesantemente la magnitud de sus intereses, la obligan á repudiar á cada instante la verdad á fuerza de ecsijencias.

Me parece que veréis esas preocupaciones cuando os diga:—"El hombre no puede buscar la verdad en su corazon; porque, ¿no vemos que todos "nuestros errores provienen de nuestros deseos y "pasiones, cuya raiz está en el corazon? Las im"pulsiones de nuestro corazon deben, ante todas co"sas, someterse al ecsámen de la razon."

Si por *razon* entendeis la facultad general de percibir la verdad, si entendeis por ella la *certeza moral*, estamos convenidos; pero si por *razon* quereis significar la facultad de raciocinio, la lógica del talento, no puedo concederle tanta importancia.

La facultad de que me hablais es otra de las puertas por donde la certeza puede entrar en nuestra alma, y seguramente no es la menos sospechosa. Hay verdades que son de su jurisdiccion, como las geométricas, por ejemplo; pero hay una infinidad de otras para las cuales es ciega é incompetente, y que dependen de facultades distintas, y en particular del sentido íntimo y del sentido moral.

Hablemos en seguida de esta última, del *sentido moral*. Todas las verdades morales dependen de esta facultad. El raciocinio no puede ni demostrarlas ni refutarlas, del mismo modo que el sentimiento no puede refutar ni demostrar una proposicion de matemáticas. Las nociones de justicia, de moralidad, de deber, de conformidad con el órden y el bien, son resultado esclusivo de los impulsos de nuestro corazon: el órgano de estas verdades y la regla de su aplicacion es el sentido moral, que tiene en el corazon su asiento.—Desafío al mas afamado dialéctico á que me demuestre, por ejemplo, que no puedo defraudar los bienes de nadie, aun contando con la impunidad y la ignorancia de todos; que no debo aprovecharme de una secreta ocasion de vengarme de quien me ha insultado; que mi obligacion es volver bien por mal, y ser fiel en todas las cosas. Hay además otras verdades que pertenecen al gusto; y el que al ver un rasgo de generosidad ó una bella estatua preguntase, qué significa esto, ¿debilitaria acaso la bondad ó la belleza que de ello resulta?

Hay además el *sentido íntimo*, que es á la verdad intelectual lo que el sentido moral á la verdad moral. No son solamente las verdades de moral y de gusto las que escapan al análisis del raciocinio. Hay un gran número de verdades puramente intelectuales, sobre las cuales nada puede el hombre; que son indemostrables é irrefutables; y estas verdades son, entre todas, las primeras en el órden de las ciencias: son los acsiomas, los primeros principios, sobre los cuales se ha edificado todo el edificio de los conocimientos humanos, y que el raciocinio se ve obligado á tener por ciertos sobre la única autoridad del sentido íntimo, sin los cuales ni este mismo

podria dar un paso, pues que de ellos desenrolla su esfuerzo sus principales silogismos (1); por ejemplo, las ideas de espacio, de tiempo, de movimiento, de infinidad, de ser, de libertad moral etc. Siento que no duermo, que realmente estoy escribiendo, que soy libre, que todo esto no es una ilusion; y sin embargo, nada de esto puedo demostrarlo por el raciocinio. "Los principios se *sienten*, di"ce un gran geómetra, las proposiciones conclu"yen, unos y otras con certeza, aunque por medios "y caminos diferentes. Por esto es tan ridículo "que la razon pida al sentimiento y á la inteligen"cia pruebas de estos primeros principios para con"sentir en ellos, como lo seria que la inteligencia "pidiese á la razon un sentimiento de todas las pro"posiciones que ésta demuestra." El mismo autor ha dicho además: "El entendimiento tiene un "órden peculiar que consiste en principios y demos"traciones, y el corazon tiene otro. Seria una es"travagancia que uno pretendiese probar que debe "ser amado, esponiendo por órden las causas del "amor. Jesucristo ha seguido mas bien el órden del "corazon, ó sea el de la caridad, que el del enten"dimiento (2)."

El sentido íntimo y el sentido moral ocupan pues un lugar muy preeminente en la organizacion de nuestro sér moral. Son, respecto del raciocinio, lo que la simple vista es á la vista artificial, y el ojo desnudo á un instrumento óptico. Demuestran las cosas en sí, las hacen *evidentes;* de modo que el que quisiese aplicar á estas cosas el raciocinio se pareceria al astrónomo que se empeñase en no ver mas que por su telescopio, y que lo aplicase igualmente á los astros y á los muebles de su habitacion. Por esto el amor y el genio, que son de vista perspicaz, se apoderan de sus objetos con una simple mirada, y abrazan á la vez todas sus partes y relaciones. Ven por intuicion las últimas consecuencias en los mismos principios, y salvan de una ojeada todo el espacio del raciocinio; no se entretienen en discurrir: ven y adivinan, lo cual justifica aquellas bellas palabras de Vauvenargues: "Los gran"des pensamientos salen del corazon (3)."

Por otra parte, esta facultad de raciocinar, de que estamos tan envanecidos, se ve á cada paso obligada á admitir cosas que no solamente no se le alcanzarian, sino que la adelantan y la confunden. ¿Hay algo, por ejemplo, mas incomprensible que la eternidad? ¿Hay, sin embargo, nada mas cierto? Los que se la niegan á Dios, se ven precisados á concedérsela á la materia. ¡Cuántos misterios no hay en nuestra organizacion física! ¡Cuántos misterios en nuestra organizacion moral! ¡Cuántos misterios en la asociacion de ambas! ¡Cuántos misterios fuera de nosotros, derramados con profusion por toda la naturaleza! ¿Será posible decir que, al través de tantos misterios, *debe solamente guiarnos la razon, la severa razon*, y que es necesario no admitir mas que lo que ella comprende? Esto seria repudiar casi todos los tesoros de nuestra inteligencia; porque las certezas en el hombre son incalculablemente mas numerosas que sus comprensiones.

Y si esto acontece con la razon aplicada á los conocimientos naturales, ¿qué no deberá suceder con el uso que de ella se haga respecto á la religion? La religion, que descansa por un lado sobre el primero de todos los principios y de todos los acsiomas, *Dios*, termina por el otro en la mas sublime perfeccion de la moral, y se manifiesta por medio de estos dos *términos*, el *sentido íntimo* y el *sentido moral*, cuya jurisdiccion es, como hemos visto, mucho mas estensa que la de la razon.

Por esto en la escelente obra: *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*, dice Portalis: "La religion "verdadera debe ser, entre cuanto ecsiste, lo mejor "para inclinarnos al bien. ¿Qué es empero lo me"jor? Difícilmente puede contestarse á esta pre"gunta, juzgando de las cosas por el entendimien"to: lo mejor está casi siempre en aquellas cosas "de las cuales juzgamos esencialmente por medio "del corazon. El entendimiento duda, inquiere, "raciocina; es nuestra parte mas contenciosa: el co"razon siente, sus operaciones son mas simples y "menos complicadas, y su resultado rápido é inme"diato es la evidencia, la certidumbre. Incesante"mente encuentro límites en las cosas que perte"necen al entendimiento: la perfeccion y el infinito "son del vasto dominio del corazon. Por esto, en "las ciencias relativas al entendimiento, no conoz"co ninguna verdad sin sombras: en lo moral, que "está radicado en el corazon, tengo la intuicion y "el sentimiento de una virtud perfecta. Por el co"razon principalmente juzgamos de la bondad y es"celencia de las doctrinas religiosas (1)."

—"Todos nuestros errores, decís, provienen de "nuestros deseos y pasiones, cuyo orígen sale del "corazon."—Convenimos en ello; pero pensad que por esto mismo la religion debe manifestarse al corazon: ella es el remedio para nuestros errores y pasiones, y el remedio debe siempre aplicarse á la causa, al orígen del mal. Por mas que el entendimiento demuestre al corazon los peligros y locuras de su pasion, no logrará curarle mientras no le presente otro alimento que le entretenga, pues es tan difícil que el corazon deje de amar, como de latir. La religion que se dirije al corazon y á la inteligencia, es la religion por escelencia; porque establece entre el soberano bien y el corazon humano esa relacion íntima que le hace de repente comprender, esto es, *sentir*, la vanidad de todos los bienes caducos, por medio de una comparacion esperimental, de la cual solo él puede ser juez soberano, y en cuyo conocimiento la inteligencia se mira confundida.

Si insisto tanto en este primer punto, es porque he notado que hace mucho tiempo que vivís en la preocupacion que estoy atacando, y porque esta

(1) Puede decirse que hay sentimiento en la base de todo raciocinio.
(2) Pascal, *Pensées*, Ire. part., 19.
(3) *Mente cordis*, dicen los libros santos en su lenguaje eminentemente filosófico, tan poco comprendido por el raciocinio. Puede decirse que el sentimiento es un raciocinio implicito, y el raciocinio un sentimiento esplicito. De ahi se sigue que el sentimiento precede siempre al raciocinio y que le contiene como en su germen. Dentro de poco verémos cómo habla Juan Jacobo de este *juicio interno*.

(1) Portalis, t. II, p. 196.

preocupacion se halla sin duda colocada á la entrada de vuestra alma para impedirle el acceso de la verdad. Podriamos decir que tiene miedo á vuestro corazon, y que no quiere permitir que se comunique con vuestro talento, como esos legatarios interesados que cercan el lecho del moribundo, y no permiten que llegue hasta él un honrado y celoso deudo.

Además, semejante preocupacion nos la ha importado en gran parte la filosofía del siglo XVIII, que en el dia casi ha generalmente caducado. Mas al ecsaminar esa época encontramos aquella preocupacion siempre arraigada en las creaciones de su filosofía, ó mas bien en sus destrucciones. En efecto, el medio mas seguro para arruinarlo todo era el ecsijir la *razon* de todo; pero era tambien el medio menos filosófico, en la buena acepcion de esta palabra; porque ¿qué filosofía es la que empieza por hacer abstraccion de todas nuestras facultades y por mutilar nuestra alma, á fin de no dejarle mas que un solo órgano, el raciocinio? ¿No debe cualquiera filosofía racional estar de acuerdo con la naturaleza, y mejorarla? ¿Y no es en la verdad de nuestra naturaleza que todas nuestras facultades se corresponden, se sostienen, se comprueban mútuamente, y se confunden en fin en la simplicidad de nuestra alma? ¿No son todas ellas falibles y mejorables? El desunirlas, ¿no es el medio mas á propósito para estraviarlas? Semejante filosofía debió ser y fué en efecto altamente corruptora.

Uno de sus corifeos, en cuya lectura os habeis imbuido, y que cediendo al movimiento del espíritu de su época, le echaba á veces terribles reconvenciones, J. J. Rousseau, alzaba con frecuencia su voz vigorosa contra esa preocupacion. En una carta que escribia á un jóven incrédulo se esplicaba asi:

"Todo esto, amigo mio, os parecerá poco *filosó-*
"*fico;* lo mismo me parece á mí; pero cuando me
"pongo de buena fé conmigo mismo, siento que se
"junta á mis mas sencillos raciocinios el peso del
"asentimiento anterior. *Vos quereis que desconfie-*
"*mos de este último*, enhorabuena; mas yo no pue-
"do resolverme á pensar como vos en este punto:
"muy al contrario, encuentro siempre en este jui-
"cio interno una salvaguardia natural contra los so-
"fismas de mi razon. Temo, además, que en la
"actualidad esteis confundiendo las secretas incli-
"naciones de nuestro corazon, que nos estravian,
"con aquel *dictámen* mucho mas secreto aún, que
"se queja y reclama contra esas decisiones intere-
"sadas, y nos encamina, á pesar nuestro, hácia las
"sendas de la verdad. Este sentimiento interior
"es el de la misma naturaleza: es una apelacion
"que ella interporne contra los sofismas de la ra-
"zon.... Y por otra parte, ¿cuántas veces la mis-
"ma filosofía, á pesar de su inconmensurable orgu-
"llo, se ve obligada á recurrir á este juicio interno
"que tanto afecta despreciar? ¿No era él el que
"hacia andar á Diógenes al querer contestar á Ze-
"non, que se empeñaba en negar el movimiento?
"Y sin necesidad de ir tan lejos: cuando la filoso-
"fía moderna rechaza los espiritus, de repente apa-
"rece Berkley diciendo que no hay cuerpos en la
"naturaleza. Suprimid el sentimiento interior, y
"desafío á todos los filósofos modernos reunidos á
"que contesten á este terrible dialéctico.... ¡Ah!
"¿quién ignora que sin el sentimiento interior muy
"pronto ni rastros de verdad quedarian sobre la
"tierra; que seriamos juguete de las mas mons-
"truosas opiniones, á medida que fuese mayor el
"talento, la habilidad y el ingenio de los que las
"sostuviesen; y que, en fin, reducidos á tener que
"abochornarnos de nuestra propia razon, llegaria-
"mo á no saber qué creer ni qué pensar?—Pero
"¿y las objeciones?... Es cierto, las hay insolu-
"bles para nosotros; mas todavía, señaladme un
"sistema que no las tenga, y decidme cómo debo
"portarme en tales casos.... hacedlo, querido jó-
"ven, y me prestaréis un gran servicio, os lo supli-
"co con toda mi buena fé (1)."

Os dejo, amigo mio, bajo la impresion de esta palabra, que os es tan conocida. Añadiré únicamente, que si he insistido tanto en revindicar la parte del sentimiento contra la razon, no ha sido para abusar de él y arrojarme á un estremo opuesto. Guardémonos del espíritu sistemático. No recurriré al sentimiento mas que en las cosas que sean verdaderamente de su incumbencia; estoy en la confianza de que vuestra razon no tendrá que quejarse de semejante particion, porque lejos de encontrar en él un enemigo, será para ella un útil aliado.

II.—Un defecto bastante ordinario en los que quieren discutir sobre materias religiosas es el empezar por objeciones, y por objeciones sacadas siempre de la incomprensibilidad de los misterios. Esta conducta es cómoda sin duda, mas no es conforme á las reglas de una franca dialéctica. En la investigacion de la verdad de una cosa empiézase siempre por el ecsámen de los motivos de credibilidad de su ecsistencia, y despues se pasa á las objeciones. Si las razones ó motivos de credibilidad son tan soberanamente satisfactorios que colmen la conviccion, ¿qué importan algunas objeciones? Hay un principio recibido de que, siempre que se pruebe una proposicion por medio de pruebas que le sean propias, cualquiera objecion, aun la *insoluble*, no debe importar nada, *á menos que la contradiccion esté en los términos.* Además, las contradicciones entran comunmente en la misma naturaleza de la cosa que se ecsamina: de ahí es que para apreciarlas bien es necesario ante todo conocer la misma cosa por las razones de su ecsistencia, y sucede entonces con harta frecuencia que se fundan y desaparecen en la esposicion.

Tal es la regla que deberiamos invariablemente seguir. Con todo prefiero ceder en favor de una ó dos objeciones que parece os preocupan mucho, y que en efecto pueden considerarse como prejudiciales.

"Pero ¿para qué todo este aparato de discusion?
"me diréis; ¿por qué una verdad destinada á rege-
"nerar el mundo; una verdad segun la cual debe-
"mos ser juzgados tan rigorosamente, que de ella

(1) Rousseau Lettre á M..., édit. in-18. de 1793, t. 33, p. 261.

"dependen nuestra felicidad ó nuestra desdicha eter-
"nas, no es tan evidente como el sol á los ojos de
"todos, y puede tolerar un solo incrédulo?"

He tocado ya esta réplica al principio de la presente introduccion, y ha llegado ahora el momento de contestarla mas directamente. Creo poderlo hacer en pocas palabras; pues serán bastantes tres razones, que os suplico oigais con atencion:

La evidencia que pedís es imposible; implica contradiccion.—Siendo la religion una relacion del hombre con Dios, debe necesariamente haber en ella uno de los términos de esta relacion inaccesible, á lo menos en parte, á la razon humana. El hombre ni siquiera es evidente á sí mismo: todo lo que naturalmente le rodea, lo mismo que su propia persona, está cubierto con los velos del misterio: la *evidencia*, esta palabra tan familiar á nuestros labios, es como la de *felicidad*, perpetuamente en el deseo y la esperanza, casi nunca en la realidad. ¿Dónde se halla en la tierra? ¡Ah! solamente podré contestaros señalando donde no está. ¡Estraña ilusion del hábito y de la ignorancia! A fuer de vivir en el misterio, casi nunca reparamos en él (1). Estamos sumerjidos en él, le respiramos, le tocamos, le removemos á cada instante; pero deslizándonos maquinalmente por la superficie de las cosas, atontados en cierto modo por la costumbre, no reparamos en los abismos de que somos el centro, y ¡es menester ser sabio para llegar á comprender que uno no es nada! Si las cosas de este mundo estuviesen al revés de lo que ahora están, nos parecerian asimismo tan naturales y evidentes, y las que ecsisten en el estado actual se nos figurarian el cúmulo de la obscuridad y del misterio. ¿Por qué las cosas de la religion nos parecen mas misteriosas que las de la naturaleza? Porque estamos menos habituados á ellas. En sí mismas no lo son: diré mas aún, ellas aclaran muchos misterios de nuestra naturaleza, y descorren sus velos donde debe haberlos mas tupidos, en Dios.—Despues de esto, ¿cómo es que nuestra razon, no nonociéndose á sí misma ni nada de cuanto la cerca, quiere empezar por tener evidencia de Dios? ¿Cómo es que, cuando el plan de la creacion material y temporal se le escapa por todas partes, pretende abarcar el plan de los eternos designios de Dios en el órden espiritual? Preguntar el por qué la religion no es tan evidente como el dia, es preguntar por qué el mismo Dios no es mas comprensible al hombre en sus atributos y designios que la naturaleza en sus operaciones y secretos, y el hombre en su propia organizacion y hasta en el insensato raciocinio que aspira á esta evidencia de Dios. ¿Tenemos acaso necesidad de la evidencia para reconocerle y dirijirnos á él en su religion? Ciertamente que no, puesto que en las cosas de la vida obramos sin evidencia, sin que por esto creamos engañarnos. Hagamos con la religion lo que hacemos con la naturaleza. Todo hombre racional cree ver á Dios en esta naturaleza, y sin embargo está en ella escondido, no todos le ven. ¿Vacilarémos por esto en reconocerle, y el encuentro de un ateo nos dará ocasion á un argumento bastante fuerte para impedirnos oir el himno general del universo? Pues bien, ¿por qué hemos de obrar de otro modo respecto de la religion, y por qué el encuentro de algunos incrédulos sistemáticos nos ha de escusar de ver las cosas por nosotros mismos, cuando tal vez bastará que abramos los ojos para que quedemos convencidos, ó al menos heridos por la luz de la verdad? Sin duda hubiera Dios podido darnos una razon mas vasta, y por este medio hacernos mas aptos para comprenderle; pero aun así, no hubiera hecho mas que ensanchar los límites de la evidencia; porque siempre quedaria algo fuera de su dominio: digo mal, siempre quedaria velado el infinito, el infinito en su naturaleza y en sus designios respecto de nosotros, y en esto solo se cebaria la incredulidad, una vez que la incredulidad no quiere rendirse mas que á la evidencia. No depende de Dios el que suceda de otro modo; pues es contradictorio que lo finito y limitado pueda comprender y abarcar lo infinito é ilimitado. Seria pues *contra la razon* el que la religion no fuese *en parte superior á la razon.* Digo *en parte* (1), porque si no tenemos derecho á la evidencia, tampoco lo tenemos á una claridad determinante por medio de la razon. Si la religion estuviese enteramente fuera del alcance de nuestra razon, no seria para séres racionales como nosotros, seria falsa; y si por otra parte fuese enteramente comprensible para nuestra razon, no vendria de Dios, y seria falsa tambien. Es pues indispensable que se adapte por un lado á la inteligencia humana, y que se pierda por otro en las profundidades de la inteligencia divina; que sea, por consiguiente, en parte luminosa y en parte obscura, y que la proporcion de su luz y de su obscuridad esté en relacion con nuestra aprocsimacion á la Divinidad por la perfeccion de nuestra naturaleza. —Esto es cabalmente lo que sucede en la religion cristiana, y que no sucede mas que en ella.

La segunda razon que se opone á la evidencia absoluta en religion es esta: La religion es una relacion de homenaje, de sumision del hombre para con la Divinidad. Por medio de este homenaje el hombre debe ofrecer á Dios lo mas distinguido de su naturaleza, lo que le separa de los brutos, de

(1) La mayor parte de los hombres se imaginan conocer la causa de los efectos naturales que son comunes, y cuando se les ecsije la razon de ellos, creen que se debe quedar satisfecho aunque no contesten mas de lo que uno sabe ya tan bien como ellos. ¡Por qué de un huevo sale un polluelo? Porque el huevo se empolla con el calor de la gallina: es claro. Nada mas comun; pero no espereis ninguna otra razon. ¿Por qué un grano de trigo germina y rompe la tierra para estender en ella sus raices y sacar su espiga? Todo esto lo hace la lluvia: no es preciso saber mas. Si estas respuestas no os agradan, interrogad á los que pasan por filósofos, y os dirán que la *humedad* y el *calor*, palabras bien claras, son los fecundos principios de la generacion y de la corrupcion de todas las cosas. Siendo niño ha oido uno decir estas bellas cosas y otras semejantes á hombres graves que se llamaban sus maestros. Para ser dócil era preciso entonces creer sin ecsámen, retener bien y repetirlo despues. Por consiguiente, ya que uno ha creido y repetido tantas veces estas insulseces, ¿por qué avergonzarse de creerlas ahora y de repetirlas á los demás? ¿Deberémos dudar? ¿deberémos ecsaminar? ¡Ah! ya no es tiempo. Se nos consulta, y debemos responder y juzgar con prontitud. (Mallebranche, *Traité de morale*, t. I, chap. 6.)

(1) *Ex parte*, per speculum et in enigmate. I, Cor. 13, 12.